

Deslinde

Homenaje a Alfonso Reyes a los 120 años de su nacimiento*

Jorge Ruedas de la Serna
FFyL, Universidad Nacional Autónoma de México.

En septiembre de 1957 Alfonso Reyes escribió una “Carta” a su Doble,¹ en la que se hacía una cierta autocrítica a propósito de *El deslinde*, su obra más ambiciosa, cuyos análisis, decía, “desconcertaron a algunos, porque comencé a ras del suelo, partí del cero, de lo obvio y evidente”, en tanto que otros “más bien pensaron que el libro era de difícil lectura, cuando es mucho más fácil de lo que a primera vista parece”, añade. Como él mismo recuerda habían pasado ya más de diez años de su publicación y pronto harían quince. El libro, en efecto, se publicó en 1945. Don Alfonso pensaba, junto con Ermatinger,² que en quince años se formaba una generación literaria. Debía entonces preguntarse sobre el olvido en que había caído ya esa obra fundamental de nuestra teoría literaria, y que, hasta el día de hoy sigue siendo muy poco estudiada.

La “Carta” encierra dos posibles hipótesis para explicar ese olvido, una atribuible a su factura: la proclividad del autor a acumular todo lo que a través de los años ha ido sedimentando, así sean trastos usados y anacrónicos, y otra, la incapacidad del público para separar la creación literaria de la crítica de la literatura. Don Alfonso se culpa sobre todo de lo primero:

Muy posible – dice – es que, al llegar a cierto clima de mis estudios, haya yo cedido al afán de dejar caer como lastre aquella viciosa inflación que durante muchos años se había venido acumulando.

Pero la segunda hipótesis es más reveladora. Escribe:

Pero creo que también me movía un oculto afán de venganza. Me incomodaba que, entre nosotros —y aun en ambientes más cultivados— quien quiere escribir sobre la poesía se considere obligado a hacerlo en tono poético (¡ya con esa Musa hemos cumplido caballerosamente a su tiempo y lugar!), y se figure que el tono científico o discursivo es, en el caso, una vejación.

* Ponencia leída en la Mesa Redonda “Alfonso Reyes a 120 años de su natalicio”. Domingo 24 de mayo de 2009. Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes. 12 Hrs. Participaron Fernando Curiel, Alicia Reyes, Jorge Ruedas de la Serna y Minerva Margarita Villarreal.

¹ “Carta a mi doble”, proemio a *Al Yunque (1944-1958)*. [Grabado de El Cerro de la Silla, dibujo de Reyes]. México, Tezontle, [Primera edición], 1960. El libro fue recogido en el tomo XXI de la *Obras completas* de Alfonso Reyes. pp. 245-418.

² Ver Julius Petersen, “Las generaciones literarias.” en *Filosofía de la ciencia literaria*. Comp. Emil Ermatinger. México: Fondo de Cultura Económica, 1946, p. 189.

Y ésta es una de esas críticas cáusticas que don Alfonso sabía disparar oblicua pero oportunamente. Esa aversión a la teoría y a la crítica sistemática que nos viene de lejos, como si, en efecto, el estudio científico de la literatura fuera un atentado a la poesía. De ahí ese tono inspirado y emotivo por no decir apasionado o sentimentaloides que todavía distingue, en gran medida, a algunos de nuestros exégetas literarios.

¿De dónde viene esa resistencia o mejor dicho ese santo horror a la retórica y a la poética, entre nosotros? Francisco Zarco, nuestro romántico más radical, se quejaba del mal gusto reinante en su tiempo, que menospreciaba el estudio de los teóricos consagrados por la tradición clásica. En una parodia que intituló “Arte poética”, ironizaba así a sus contemporáneos:

Aristóteles, Horacio, Boileau, Luzán, Martínez de la Rosa, en sus poéticas, os dirán que para ser poeta se necesita genio, inspiración, estudio de la Naturaleza, buen gusto. Pues, ¡mentira!, nada de eso, tales autores han querido monopolizar la gloria, cerrar las puertas de la poesía a todos los ingenios de la tierra.³

Y no obstante que siendo Zarco, además, uno de nuestros más respetados periodistas, combatió la superficialidad y simplificación que ha traído consigo, decía, el periódico, con “sus marcadas tendencias de abreviatura”: “¿Hay ahora – se pregunta – quien tenga tiempo para escribir un libro?” La carrera por ganar prestigio social y buenas posiciones políticas, construyéndose, al vapor, fama de literatos, es la otra causa que explicaría esa decadencia. ¿Será que es muy diferente ahora?

El largo convivio de Alfonso Reyes con la tradición clásica y con los grandes maestros a quienes frecuentó, fue preparando su intelecto para producir obras de largo aliento una vez concluidas sus misiones diplomáticas. Liberado de los proconsulados a los que dedicó tantos y fatigosos años, exactamente como lo hizo 500 años antes Michel de Montaigne, dispuso su Capilla para recogerse a escribir sus grandes obras, entonces todavía pendientes. Así surgieron obras primas, inéditas en nuestra patria: *La crítica en la Edad Ateniense*, de 1942, *La antigua retórica*, del mismo año, y, entre otros, *El deslinde*, de 1945.

La crítica en la Edad Ateniense es, en palabras de otro sabio Agustín Millares Carlo, “una obra propiamente magistral”, que lleva al lector de la mano por un camino intrincado y difícil, con admirable sentido de “ponderación y equilibrio”. Y, además, la obra adquiere unidad no solamente por el adecuado recorte histórico y la selección de los acontecimientos tratados, sino por la especial facultad del autor de proponer un objeto central que dilucidar. Esta cualidad de los ensayos de Reyes es la que los hace amenos, capta la atención del lector y evita caer en esa sucesión tan árida y dispersa de datos y fechas sin sustancia que caracteriza a muchos trabajos de este género.

“El análisis profundo, detallado y erudito, lleno de personales conclusiones”, como escribió Millares Carlo, permite al autor plantear como cuestión central del estudio, la respuesta a la siguiente inquietante pregunta:

¿Puede alcanzarse la obra de suma belleza sin una percepción teóricamente de la autónoma belleza?

Lo que, en primer término revelaría la “escasez” con que se muestra el criterio puramente estético, que no permite comprender ésta y muchas otras cuestiones cruciales, como la tan citada y poco esclarecida cuestión de la ausencia de la poesía lírica en la crítica griega.

³ Francisco Zarco, “Arte poética”. Apareció en *La Ilustración Mexicana*, I, pp. 241-245. Fue recogido en sus *Obras completas*. Tomo XVII, p. 779.

De todo lo cual extrae magistralmente Millares Carlo el sentido último de este libro magistral de Alfonso Reyes: que “no es la ‘sonrisa de Grecia’, ni el ‘milagro griego’, ‘sino el enigma griego’, lo que se ofrece a nuestras reflexiones y a nuestro asombro”.

Al entender el criterio estético no como la única vía del conocimiento crítico, sino como una interpretación que asimiló la dimensión social como factor de arte, ocurre la paradoja – dice un crítico contemporáneo – de que “lo *externo* se torna *interno*” y la crítica deja de ser “estética” o “sociológica”, para ser apenas crítica. “El elemento social se vuelve uno de los muchos que interfieren en la economía del libro, al lado de los psicológicos, religiosos, lingüísticos y otros”, dice este mismo crítico.⁴

En este mismo sentido, asombra que en esta obra notable, publicada en 1941, y que en el 45 justamente obtuvo el Premio Nacional de Literatura, Alfonso Reyes formulara con toda claridad los principios en que se funda la crítica literaria más actual. Para él, en el centro del eje crítico nos encontramos con la exégesis que se sirve de diversos métodos, históricos, psicológicos o formales, que, añade, “hoy se ha convenido en llamar la ciencia de la literatura”.⁵

Las reflexiones de Reyes sobre la génesis de la crítica no se limitaron a la tradición clásica occidental, sino que se ampliaron al Oriente, a Egipto, a la India, a China. Quiso mostrar el surgimiento de la crítica como una necesidad ingénita del espíritu humano que, a través de la historia, va estableciendo su dominio y definiendo su objeto particular como instrumento de la cultura universal. Resultado de estas indagaciones son sus ensayos “Génesis de la crítica (I. El desprendimiento de la crítica. II. Los estímulos de la crítica).”⁶

Volvamos por un momento a la “Carta a mi doble”, en la que Reyes se confiesa a sí mismo su cierto desengaño por el olvido en que ya se había tenido a *El Deslinde*. Por entonces, él sabía que ya no tenía tiempo – había sufrido tres infartos – de armar otra arquitectura semejante para dar continuidad a su magna obra teórica, y, además, ante la mezquina recepción a semejante esfuerzo, dice: “*le jeu ne vaut pas la chandelle*”, que quiere decir más o menos, “no sé si el juego valga la pena”, y añade: “no sé si por el juego mismo o por los que lo ven jugar...”

Así es que prefiere romper, dice, “el arreglo sistemático de estos capítulos inéditos”, y agrega, sin duda con una punzada en el corazón: “les extraeremos la sustancia, y la esparciremos por ahí en breves ensayos más fáciles de escribir, más cómodos de leer, y ojalá no por eso menos sustanciosos. Así acabó, pues, aquella tan ambiciosa teoría literaria. ¡*Alas, poor Yorick!*” ¡*Ay, pobre Yorick!*”, termina diciendo como Hamlet que alzaba el cráneo de su amigo en el cementerio. ¡Cuánta tristeza revela esa imagen de don Alfonso con el *Deslinde* en su mano!

Y así fue que don Alfonso desarticuló esos capítulos que vendrían a continuar su obra teórica y los convirtió en ensayos independientes unos de otros, para formar su libro *Al Yunque*, publicado póstumamente en 1960, pero formado íntegramente por él.

Con todo, es sabido que ningún otro estudioso mexicano, hasta ahora, escribió tantas páginas sobre la naturaleza y la historia de la crítica, y, sabiendo que era ésta una de nuestras grandes carencias, al aplicarse a su estudio no lo hace tan sólo por afán erudito, sino que para él la literatura cumple una función social. En su ensayo “Génesis de la Crítica”, explica así los motivos de la estimación literaria:

⁴ Antonio Candido, *Literatura y sociedad*. México, UNAM, 2007.

⁵ Cfr. Jorge Ruedas de la Serna, *Alfonso Reyes. Del humanismo a la crítica*, en *Góngora y la tradición clásica. III Jornadas alfonsinas*. Editores Ulises Sánchez Segura y Minerva Margarita Villarreal. México, Mare Nostrum y Universidad Autónoma de Nuevo León, 2007. pp. 81-92.

⁶ Se publicó originalmente en *Cuadernos Americanos*, julio-octubre de 1958 (año XVII, núm. 100, pp. 225-241); posteriormente en el libro póstumo, pero preparado íntegramente por Alfonso Reyes, *AL YUNQUE / (1944-1958) / [Grabado de El Cerro de la Silla, dibujo de Reyes] / TEZONTLE / MÉXICO / [Primera edición, 1960]*. Recogido en el tomo XXI de las *Obras completas*, pp. 288-303.

Ya dijimos, ante todo, que la Literatura ha nacido como un servicio social. De aquí que importara recogerla y, en cierto modo, venerarla. Ya dijimos que la Literatura, conforme descubre su fin propio de esparcimiento, belleza, saludable expresión del ánimo, nos “aumenta”, nos hace un bien; cumple, diría el biólogo, una función “telekina”. De aquí otro motivo para recogerla cuidadosamente y, en cierto modo, venerarla. De esta doble base estimativa — servicio y disfrute — parten el afán de conservación y el sentido de la reverencia.⁷

Permítaseme recordar aquí una observación que he subrayado en otra parte sobre su método crítico. ¿Cómo se acerca el crítico a la obra?, se pregunta, y responde:

Hay tres grados en esta escala: 1º La impresión; 2º La exégesis; 3º El juicio. A través de la escala, juegan diversamente la operación intelectual, el mero conocer, y la operación axiológica o de valoración, que aquí podemos llamar de amor; juegan diversamente la razón y la “razón de amor”.

La impresión o *impresionismo*, dice Reyes, es la condición indispensable, la receptividad sin la cual no hay crítica. Los filólogos y los maestros exegetas la ven con menosprecio, pero es un error. La obra no fue escrita para los exégetas, sino para el público y es un derecho natural, inalienable del lector, percibir subjetiva e intuitivamente todo lo que la obra le dice, y que él es capaz de elaborar de manera informal y sin compromisos; “esta impresión general y humana a nadie se podría vedar”. Es diríamos extremando el argumento de don Alfonso, un bien público, pertenece a la comunidad y nadie se lo puede expropiar. No hay duda de que Reyes se adelanta en este planteamiento a críticos eminentes como Erich Auerbach, Antonio Candido, Ángel Rama, Antonio Cornejo Polar, Roberto Schwarz, y otros más.

Sería inagotable hablar de las múltiples aportaciones de Alfonso Reyes a la idea de la crítica y de la teoría literaria, pero baste por ahora decir, como lo he destacado en otra parte, que tan grande erudición y densidad teórica no cercenó en el alma de Alfonso Reyes su concepción de la literatura como expresión sensible del ser humano. En una conferencia pronunciada en 1941, e intitulada “Aristarco o anatomía de la crítica”,⁸ dijo: “somos Poética y somos Crítica, acción y juicio, Andrenio y Critilo”. Y añadió:

La esencia pendular del hombre lo pasea del acto a la reflexión y lo enfrenta consigo mismo a cada instante. No hay que ir más lejos. Ya podemos definir la crítica. La crítica es este enfrentarse o confrontarse, este pedirse cuentas, este conversar con el otro, con el que va conmigo.

Ahora entonces queda claro el sentido de esa “Carta a mi doble”, como documento crítico y, a la vez como testimonio humano. Quizás develamos un pequeño enigma, y es que cada vez más me parece, siguiendo a Millares Carlo, que no es la sonrisa ni la bonhomía, sino los enigmas de Alfonso Reyes lo que se ofrece a nuestras reflexiones y a nuestro asombro.

⁷ “Génesis de la crítica” (1948), apareció originalmente en *Cuadernos Americanos*, julio-octubre de 1958 (año XVII, vols. dobles núm. 100, pp. 225-241). Fue recogido en *Al Yunque, Obras completas* de Alfonso Reyes, vol. XXI, pp. 288-303.

⁸ Conferencia leída en el Palacio de Bellas Artes, bajo los auspicios de la Orquesta Sinfónica de México, el 26 de agosto de 1941. Recogida en el libro *La experiencia literaria*, vol. XIV de la *Obras completas* de Alfonso Reyes, pp. 104-116.